

S. Martínez

## PROSAS SELECCIONADAS

### Charles Frívolas.....

El hada de Primavera atavía la natura. Las flores tñen sus corolas de matices delicados; en cada nido trina una ave nueva y el mundo se despierta a las caricias del alba que es más rubia en esta bella estación de los ensueños.

Mayo caducó dejando una estela de flores e ilusiones.

¿Te acuerdas, simpática amiguita?

Era el declinar de una tarde azul, de claro azul, y un ambiente romántico se difundía en la quietud apacible del ocaso que, al apagar las galas del crepúsculo, dejaba aprisionados los últimos fulgores en el diamantino rutilar de las estrellas.

El reloj de una iglesia inundó con su grave acento el silencio de la calle..... las siete.

Breve espera enardeció mis sentimientos y tu graciosa silueta deificada en sueños se esbozó en la penumbra de la noche ¡toda su ternura vertía el idilio en la primera página!

¿Hay momentos más dulces que aquellos en que la felicidad se presagia nimbada con un soplo de ensueño?

Fiel trasunto de mis anhelos era la noche, la austeridad legendaria de la calle, el silencio de vez en cuando interrumpido por las pisadas de los transeuntes y tú, graciosa niña, cuyos ojos orlados de negras pestañas clavaban en mi sus acariciadoras miradas.

¿Pero si se desvanecían los artificios de aquella visión?

La sola sospecha entenebrecía mis pensamientos cuando agitando tu pañuelo me significaste.

—¡Ven!

Fuera de mí casi, me acerqué a la ventana que se engalanaba con tan delicado tesoro, luego..... mis recuerdos se confunden con un sueño.

Como un destello alumbraba las tinieblas de mi vida el hechizo de aquellos sublimes instantes. ¿De qué hablamos? ¿Qué dijimos? Sólo recuerdo que tomando tus manos entre las mías imprimí en ellas un beso y que ahogando una sonrisa murmuraste suavemente.

—Te amo.

Y ahora queyrás decirme, simpática amiguita ¿cuando te digo que soy feliz porque me quieres y tú que eres feliz porque te adoro, no sientes nostalgias por aquel mayo en que nuestro amor, cual los capullos de las rosas al entreabrirse, exhalaba las primicias de su aroma? ¿No sientes un seductor embeloso al recordar aquella sosegada noche en que el idilio vertía toda la ternura en su primera página?

¡Mayo, gentil Mayo, tú traes alegría a los corazones, por eso el hada de Primavera es pródiga contigo.

L. Macedo.

### Un amanecer en el camino.

Muy de mañana se había puesto en marcha el regimiento.

Las sombras nocturnas se extendían todavía por aquella región.

La militar columna semejava una serpiente apocalíptica bordeando la altísima meseta por el costado de la montaña.

Ligeras nubecillas se extendían por el lado este del horizonte como gasas amorfas de tenue luminosidad, mientras el céfiro perfumado y ligeramente húmedo acariciaba los rostros morenos de aquellos denodados hombres que más de una vez desplegaran su bizarría.

Animados por la belleza sublime del paisaje aspiraban con delicia el aire purificado de la mañana y henchían sus pulmones potentes acostumbrados al olor característico del combate, de ese choque formidable, choque donde se mezcla el tufo de la sangre fresca y del explotar de los cartuchos.

Poco a poco se iluminaban las crestas de las montañas de occidente, mientras el perfil de la opuesta serranía destacábase gallardamente en la policromía del horizonte.

La claridad de la aurora difundíase por los ámbitos inundando de luz los valles y barrancos más profundos.

El radiante Febo asomó su círculo dorado por encima de las cosas de la tierra, disolviendo entre sus benéficos rayos los últimos girones de neblina que quedaban entre las grietas de las rocas.

G. Quintana